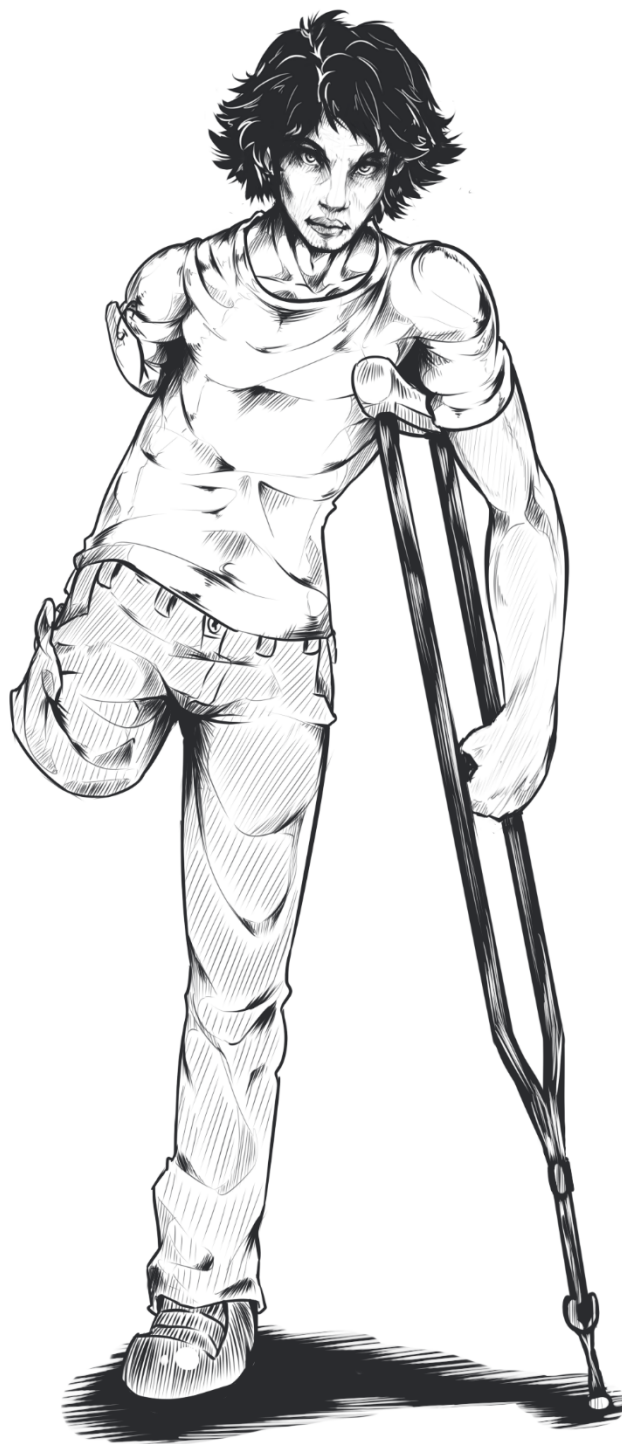


Autor: Abilio Ayuso

HAITÍ

Ilustrador Ronny Bravo



¿Cuántos años bastarán para que una joven idealista se
convierta en una cínica escéptica?. En según que condiciones eso puede
suceder en unos cuantos días.

+16

El destino de Ivette parecía estar trazado de antemano, sin que fuerza alguna pudiera apartarla de él.

Era hija del cirujano traumatólogo más reputado de París, que era como decir de Francia, propietario de aquella lujosa clínica, donde acudían los deportistas de élite que sufrían alguna lesión, o cualquier otro accidentado que pudiera pagar sus carísimos servicios, porque todo el mundo sabía que en el establecimiento del doctor Gerard, las posibilidades de recuperación eran mucho mayores, por lo avanzado de sus instalaciones que incorporaban siempre la última tecnología, por el equipo médico que le rodeaba y por el virtuosismo del propio doctor, de quien se decía que casi podía hacer milagros.

Había estudiantes de medicina que hubieran vendido su alma por conseguir una plaza en aquella plantilla. Sin embargo, Ivette la tenía asegurada, aunque para ser justos habría que decir que la tenía ganada por méritos propios ya que siempre destacó entre los mejores de su promoción. Pero en su caso, la hija del doctor Gerard hubiera tenido plaza reservada, aunque fuera la más torpe de la universidad.

Pero no lo era ni mucho menos, tal vez porque había vivido la profesión desde niña, además había recibido toda la ayuda que un alumno podía tener, y posiblemente había heredado los genes de su padre, el caso es que no le costó nada convertirse en una cirujana de primera línea.

Pero aquel destino casi ineludible tenía un punto débil, la personalidad de la propia muchacha. La chispa saltó cuando cumplió los treinta años. Su padre la invitó a cenar a uno de los restaurantes más lujosos de París, y en el transcurso de la velada le dijo:

“Hija mía, estoy orgulloso de ti, has llegado a la madurez intelectual y profesional a una edad en que otros aún se debaten sin rumbo. Tal vez para completarla te haría falta una pareja estable, pero imagino que la dedicación que has tenido a tu profesión te ha privado de tiempo para otras cosas más mundanas, por eso mi regalo en este treinta aniversario he querido que sea especial, nada de joyas ni coches caros, porque además sé que no eres nada ostentosa ni presumida, tu regalo... Es tu propio equipo en el ala nueva recién construida, con sus quirófanos, salas de recuperación, y todos los avances tecnológicos, estará integrado en nuestra clínica, pero independiente, eres una verdadera virtuosa del bisturí, puedes volar por ti misma y forjarte tu propia reputación, ¿Qué te parece la idea?”.

“La verdad es que me has pillado por sorpresa, hace tiempo que deseaba tener un cambio de impresiones contigo respecto a varios temas, pero lo iba

aplazando con una u otra excusa, ahora no tendré más remedio que hablar. Trabajando contigo, hace tiempo que tengo un problema de principios, regentamos una clínica casi exclusiva para ricos, pienso que hay personas que merecen mucho más nuestra habilidad que por ejemplo aquella modelo idiota que se cayó en una piscina vacía porque estaba borracha, ¿No te parece?”.

El padre se quedó pensativo unos instantes y le respondió: “Tienes una parte de razón, pero míralo de esta forma, todos los accidentados de Francia y parte del extranjero que tuvieran la información suficiente, quisieran que les operara el Doctor Gerard y su equipo, pero eso es físicamente imposible, apenas podríamos atender al uno por ciento, entonces... ¿Cómo discriminamos entre el afortunado que intervenimos y los noventa y nueve que vamos a rechazar?, ¿Les hacemos un test psicológico?, ¿Hacemos un estudio sobre los valores que esa persona aporta a la sociedad?, sería inviable, ilegal, e injusto porque seguro que cometeríamos errores en un campo tan impreciso, ¿Te atreverías tu a ser la juez que decidiera quien merecía nuestros servicios y quien no?, ¿Le dirías tu a una madre, lo siento pero nos vamos a ocupar de un muchacho con más méritos que su hijo?, seríamos odiados y despreciados, y lo más importante es que la mayoría de intervenciones en nuestra profesión son urgentes, no hay tiempo para demasiadas burocracias, por tanto lo mejor es poner un precio acorde a la calidad que ofrecemos y la selección se hace por sí misma, por otro lado ese alto nivel de ingresos nos permite mantener la mayor calidad e innovación en nuestras instalaciones”.

“Si, y de paso nos permite ser millonarios”.

“¿Y que tiene eso de malo?, critica si quieres a los que ganan su fortuna especulando con primeras materias, encareciéndolas con artimañas y provocando con ello que gente modesta pase más penalidades de lo necesario, pero nosotros lo ganamos honestamente”.

“Tal vez tienes razón, pero hace tiempo que no me siento a gusto en este ambiente de pijos gilipollas, quiero moverme en otros círculos más sencillos, me he ofrecido voluntaria a una ONG y me han aceptado”.

Para sorpresa de la chica, su padre sonrió abiertamente: “Pues claro que te han aceptado, ni que fueran idiotas, una de las mejores cirujanos de Francia trabajando gratis. Bueno cariño, no te preocupes, me alegro de que te hayas sincerado conmigo porque hace tiempo que notaba que no estabas cómoda entre nuestros exquisitos pacientes”.

“¿Pero no estás enfadado?, ¿Y que harás ahora con el ala nueva?”.

“El ala nueva no es ninguna prioridad, era para ti, así que la iremos acondicionando lentamente, si tenemos alguna necesidad puntual la

usaremos, y siempre estará allí, porque si un día te apetece volver serás bienvenida”.

“Gracias papá, el mejor regalo que me podías hacer hoy es tu comprensión”.

“¿Cómo no iba a comprenderte si soy igual que tú?. La única diferencia es que yo he vivido unos cuantos años más”.

“Vale, pues dentro de unos años cuando sea tan materialista como tú, vuelvo y llevamos el negocio entre los dos, aunque hoy por hoy pienso que eso no sucederá nunca”.

“Depende de los ambientes en que te muevas, puede que ocurra mucho antes de lo que imaginas”.

Y así, entre bromas y risas acabaron una alegre velada, los dos se habían quitado un gran peso de encima, ella por haber encontrado valor para confesar su proyecto y él porque su hija se hubiera atrevido a explicarle lo que ya conocía de antemano.

Poco después de aquella conversación ocurrió la gran catástrofe, el terremoto de Haití. El grupo de Ivette fue de los primeros en acudir, ella estaba acostumbrada a ver heridos y sangre, pero aquello superaba todo lo imaginable.

Trabajaba en un hospital de campaña, apenas sin medios y a un ritmo febril, casi sin tiempo de comer ni dormir, lo que más le dolía era pensar que muchos casos en que tenía que amputar miembros a gente de todas las edades, se hubieran podido recuperar en la clínica de su padre sin necesidad de amputación.

Aquella gente perdía sus brazos o sus piernas porque no se podía hacer otra cosa, cortar o dejar que la gangrena los matara. Hubiera querido tomar alguno de aquellos pequeños, llevarlo a París y decirle a su equipo: “Vamos a recomponer estos miembros destrozados”.

Pero en caso de que hubiera podido, eso significaría la muerte de muchos otros porque faltarían cirujanos para atenderlos.

Le habían asignado como ayudante un joven médico haitiano, que estaba impresionado por la forma en que trabajaba aquella doctora. En un país eminentemente machista, el hecho de que una mujer superara a los hombres en conocimientos, habilidad, y fortaleza le tenía admirado, realmente la reverenciaba.

Ivette cortaba cosía y remendaba como una posesa, le remordía la conciencia el saber que en la mayoría de los casos podría haber hecho una labor más fina, pero la visión de la cola de accidentados que la aguardaban se lo impedía.

Sin embargo, aquel día se produjo una excepción, le pusieron en el quirófano un precioso mulato de ojos castaños como almendras. Las ruinas del edificio le habían aplastado la pierna y el brazo derechos, su ayudante solo pronunció una palabra: “Amputación”.

Al oírlo el muchacho tomó suavemente con su mano sana el brazo de la doctora y con lágrimas en los ojos le dijo: “Por favor doctora, he pedido que me traigan aquí porque dicen que usted puede hacer milagros, pero si no puede o no quiere salvarme el brazo y la pierna, no pierda el tiempo conmigo, póngame una dosis triple de anestesia para que no vuelva a despertar, se lo digo en serio, aquí nadie puede acusarla de nada porque muere gente por docenas, si su ética no se lo permite deme la jeringuilla y yo mismo me inyectaré, pero no me corte los miembros, porque lo primero que haré al despertar es matarme como sea”.

Aunque los tres días que llevaba allí habían conseguido endurecerla, la sinceridad y la mirada de aquel chico tocaron el alma de la doctora, se quitó la mascarilla, dio un beso en la frente del muchacho y le dijo en voz baja “Juro que haré todo lo que pueda, pero no soy Dios”.

“No es Dios, pero es usted un ángel”, acabando de pronunciar estas palabras el muchacho quedó inconsciente bajo el efecto de la anestesia que sin perder un minuto le había colocado el ayudante que con toda eficiencia preparaba ya las sierras y bisturís para la amputación, cuando una frase de la doctora le detuvo en seco: “No amputaremos”.

El ayudante solo acertó a decir: “Pero.....”, señalando aquellos miembros machacados.

“Es difícil, pero no imposible, dicen que puedo hacer milagros con el bisturí, pues hoy me toca hacer uno, no puedo actuar solo de carnicera, en algún momento necesito un descanso psíquico y trabajar de lo que sé, recomponiendo personas, y ese momento es aquí y ahora o me volveré loca, y si eso sucede ya no podré atender a nadie más”.

Lo realmente difícil no fue realizar aquella delicada doble intervención, sino hacerlo con los escasos medios de que disponía, estuvo muchas horas, pero lo consiguió, aquel chico volvería a caminar, e incluso jugar al baloncesto o lo que fuera que hiciera antes.

Trasladaron al muchacho a una de las literas portátiles. Ivette se quedó sentada a su lado, pero estaba tan exhausta que en dos minutos se quedó dormida, con la cabeza apoyada en la parte sana del muchacho.

Al cabo de unas horas, le despertó un ligero movimiento. Estaba comenzando a despertarse, en cuanto abrió los ojos, a pesar del mareo de la anestesia levantó la cabeza dirigiendo una aterrorizada mirada a la parte derecha de su cuerpo, la doctora tomó suavemente su cabeza y la volvió a colocar en la almohada, mientras le decía: “Tranquilo, no te he quitado nada, ahora descansa que te hace falta”.

El susurró: “Lo ve, ya decía yo que es usted un ángel”, y se durmió plácidamente.

En los días que siguieron, cada vez que Ivette, se tomaba un mínimo descanso iba a contemplar su obra, se sentía orgullosa de haber podido por lo menos salvar los miembros de aquel muchacho, a menudo él le preguntaba: “Doctora, ¿Podré volver a bailar?”.

“Bueno, si antes sabías, claro que sí”.

“¿Dice usted qué si sabía?, yo soy el mejor bailarín de la isla, tendría que ver cómo me movía, tendría usted que ver nuestras fiestas en la playa, el ritmo de la música a la luz de las hogueras, me llaman el rompecorazones porque dicen que con mi baile enamoro a todas las chicas”.

“Ya será menos”.

“No, de verdad, tengo un grupo y organizamos fiestas, yo soy el jefe porque nadie baila como yo”.

“Pues bien si cuando estás recuperado aún estoy por aquí me encantará verte bailar”.

La verdad es que Ivette llegó a enamorarse de aquel guapísimo mulato. No le importaba que fuera de otra raza y cultura, pero dos cuestiones para ella insalvables le hicieron mantener la distancia, la primera la ética profesional, era su paciente y eso podía falsear la respuesta del chico, porque el agradecimiento y la admiración hubieran podido ser sustitutos de un amor que en circunstancias normales él no le hubiera profesado. La segunda la diferencia de edad, ya que era diez años más joven que la doctora.

Le hubiera gustado ser una chica cualquiera de las que corrían por allí para poder “lanzarse”, pero era una mujer de principios y no se lo podía permitir.

Llegó el día en que le dieron de alta, Ivette le consiguió unas muletas flamantes, muy ligeras, con las que se podía manejar muy bien, le dio un par de besos muy fuertes en las mejillas y una retahíla de consejos maternos: “Escucha rompecorazones, no vayas ahora a estropear mi obra maestra, no tengas prisa en volver a bailar, no fuerces esa pierna ni ese brazo, tómate la medicación y nada de alcohol ni de otras cosas peores”.

“Si mamita, seré bueno, y si me das un besito de los de verdad aún lo recordaré mejor”, dijo él entre risas.

“Nada de besos sinvergüenza, seguro que ya tendrás por ahí muchas que te los den”.

“Pero ninguna como usted doctora”.

Así entre bromas y sonrisas se despidieron, Ivette pensó que debía pasar página en el libro de su vida y recordar la anécdota, porque seguramente no volvería a verle, pero el destino le demostraría que estaba equivocada.

Pocas semanas después, aquella actividad febril en el quirófano de urgencias dio paso a una acción más relajada, el trabajo no faltaba, pero no existía el agobio de saber que moría gente por falta de una intervención a tiempo, incluso pudieron programarse una ronda de visitas a los pacientes que, aunque estaban ya en sus casas, o lo que había quedado de ellas, permanecían privados de movilidad.

En esas visitas Ivette siempre iba acompañada por Damién, su fiel médico ayudante, que no la dejaba ni a sol ni sombra. Alguna vez ella había insinuado que por separado podrían atender a más pacientes, pero él la miraba como si estuviera loca, y aunque con mucho respeto le reprendía: “Pero doctora, ¿Cómo piensa en ir sola por ahí?, ¿No ve la inseguridad que tenemos?, si casi no hay ni policía ni nada”.

“¿No puedo ir sola?, todas esas niñas que vemos a diario deambulando sin familia ni hogar, también están solas, ¿Acaso ellas son más fuertes que yo?”.

“No doctora no lo son, pero yo no puedo protegerlas a todas, y usted aquí es muy necesaria, siempre la acompañaré, le guste o no, sé que soy un negro pesado, pero he visto lo que usted hace y nunca me perdonaría que por venir para ayudar le pasara algo en mi país”.

“No Damién, no eres un negro pesado, tienes un corazón de oro y te agradezco mucho que te preocupes por mí”.

Fue al volver de una de aquellas visitas, ya entrada la noche, cuando vieron a tres muchachos, que riendo y bromeando en voz alta, se alejaban por el

camino de la playa hacia un punto en el que se veía el resplandor de las hogueras y se podía oír la percusión de los tambores.

Uno de ellos, manejaba una reluciente muleta, a pesar de que caminaba con asombrosa agilidad, Ivette lo reconoció enseguida: “Mira, el rompecorazones, seguro que va a una de esas fiestas en la playa de las que me habló, vamos a seguirles sin que se den cuenta, me muero de ganas por ver una de esas celebraciones, pero espontánea, sin contaminar el ambiente con nuestra presencia”.

“Como usted quiera doctora, pero entonces vayamos con precaución por entre la zona de palmeras, porque tal vez no les gustaría que hiciéramos de mirones”.

“No seas pesimista, al fin y al cabo, el rompecorazones es el jefe y tiene que estarnos muy agradecidos”.

Llegaron hasta una barrera de matorrales, al borde mismo de la playa, un lugar sombrío, perfecto para observar sin ser visto, por la conversación a gritos entre alegres risotadas, entendieron que celebraban el hecho de que su jefe ya estaba repuesto, y le tenían preparado un regalo sorpresa.

En un lugar de la arena, bien iluminado por las hogueras, estaba situado lo que hubiera podido ser una gran tienda de campaña cuadrada de sólo dos palmos de altura, hacia allí se dirigió el grupo, dos de los chicos tomaron los extremos de la lona y la comenzaron a retirar mientras los percussionistas efectuaban un redoble de tambor, el interior quedó al descubierto mientras el que hacía de maestro de ceremonias clamó a voz en grito: “Para nuestro jefe, el rompecoños, están sin estrenar”.

Ivette se quedó aturdida, porque lo que había bajo la lona eran dos niñas de apenas doce o trece años, completamente desnudas sobre una manta y atadas firmemente a cuatro estacas. Pero lo que siguió aún la conmocionó más, porque aquel guapo mulato, que ella había estado curando, tiró su muleta mientras profería una risotada y se bajó los pantalones dejando al descubierto un descomunal pene que ya estaba prácticamente en erección y alcanzó su tamaño completo en cuanto procedió a aplicarle algún tipo de lubricante.

Seguidamente se abalanzó sobre la primera niña que comenzó a llorar y chillar de una forma lastimera y le introdujo su falo de una forma salvaje y brutal.

Los gritos de miedo fueron sustituidos por aullidos de dolor puro, producido por aquella penetración tan cruel, que fueron saludados por los espectadores por vítores y hurras: “Viva nuestro jefe, el rompecoños”.

Ante aquel espectáculo Ivette no pudo evitar los sollozos, ante lo cual Damién, ignorando el respeto que sentía por ella, le tapó la boca, mientras le decía al oído: “Contrólese doctora o nos matarán, pero antes de matarla, a usted le harán eso mismo y cosas aún peores”.

Mas que el miedo a la propia muerte, fue el horror de poderse ver ella en esa situación lo que hizo que se sobrepusiera, se quedó mirando hipnotizada como aquel muchachito, aparentemente tan dulce, violaba a la pobre niña con movimientos frenéticos, luego acercó sus labios a la oreja de su ayudante y le dijo un simple: “Gracias”.

A partir de ahí comenzaron un diálogo en susurros.

“Que cabrón, me dijo que le llamaban rompecorazones y es rompecoños”.

“No me extraña, con el pene tan enorme que tiene”.

“Lo curioso es que lo he tenido casi desnudo y ni me ha dado cuenta”.

“Lógico, en el hospital, asustado y dolorido no tendría ni un principio de erección, las enfermeras que lo lavaban seguro que se fijaron”.

“Ya, pero son muy discretas, nunca hicieron la más mínima alusión”.

Cuando aquel sádico comenzó a violar a la segunda niña, Ivette le dijo a su ayudante: “Vámonos ahora que están distraídos, no soporto estar aquí ni un minuto más”.

Con sigilo y amparados en las sombras, huyeron hacia la calle principal y llegaron con paso apresurado hasta su ambulancia, en cuanto hubieron cerrado las puertas y puesto el seguro ella ordenó con voz tajante: “Rápido, al puesto de policía más cercano, aunque no podemos evitar que ocurra, podemos hacer que los detengan”.

“No doctora, no iremos”.

“¿Pero qué dices, vas a ser cómplice de ese delito?.

“Yo conozco mi país doctora, era malo y con este desastre se ha vuelto peor, ¿Un par de violaciones?, los policías la escucharían porque es extranjera, pero se reirían por dentro, aquí eso sucede cientos de veces al día. Si denunciara un robo acudirían para quedarse ellos con la mercancía, pero en este caso, ¿Qué iban a ganar deteniendo a esos chicos?, informarían que cuando llegaron ya no había nadie, o peor aún se unirían a la fiesta, pero esa banda se enteraría de que una extranjera y un negro los habían espiado y denunciado, yo aun me podría esconder en otra ciudad, pero usted aquí es

como un árbol de Navidad en pleno desierto, no duraría viva ni veinticuatro horas y yo no quiero que la maten”.

“Mierda de país” exclamó Ivette con rabia.

“Si doctora, mierda de país, márchese usted que puede, yo estoy atrapado aquí”.

En los dos días siguientes Ivette trato de no pensar en lo sucedido concentrándose en su trabajo, pero los gritos de las niñas resonaban a todas horas en su mente.

Fue al final del segundo día, cuando descansaba sola unos minutos, la puerta de la sala se abrió y una voz alegre le dijo: “Hola doctora ¿No se alegra de verme?, estoy casi curado”.

Fue como si hubiera visto al mismo demonio, aquel hijo de perra estaba allí tan campante. Contuvo a duras penas su furia, su mente trabajaba a toda velocidad, ella había permitido que ese monstruo saliera adelante y ella misma tenía que enmendar su involuntario error.

Sólo de pensar que había estado enamorada de aquel engendro le producía ganas de vomitar, pero con voz suave le dijo: “No hagas caso, estoy agotada de tanto trabajo”.

“Claro, eso es porque ha curado usted a mucha gente que ni siquiera lo merecen”.

“Si, puede que tengas razón, y ahora vamos a ver si es verdad eso que dices de que estás curado, que te veo demasiado suelto y confiado, ponte en esta camilla”.

Actuó con rapidez, su rabia dio paso a un deseo de venganza frío y astuto, hizo ver que lo controlaba mediante algún tipo de escáner, mientras ponía cara de preocupación e iba diciendo: “Huy, lo que yo me temía”.

Al final el chico algo nervioso preguntó: “¿Qué pasa doctora?, ¿No estoy bien?”.

“Pasa que estoy segura de que has hecho todo lo que te prohibí, seguro que has bailado con tus amigos en esas fiestas de que me hablabas”.

El chico le dijo con una pícaro sonrisa: “Bueno doctora, no la engañaré, he bailado un poquito”.

“¿Un poquito...?, estás a punto de fastidiar lo que tanto me costó arreglar”.

“No me asuste doctora”.

“No te asusto, te digo lo que hay, aunque a ti te parezca que andas bien, esto está mal, cualquier día harás un gesto y crack”.

“¿Pero usted me podrá ayudar verdad?, si me arregló cuando estaba destrozado, me podrá arreglar ahora que estoy casi bien”.

“Yo no puedo estar solucionando lo que tu estropeas”.

“No, por favor, me portaré bien”.

“Lo veremos, de momento te aplicaré algo para cortar el problema, pero tu tendrás que hacer reposo y tomar exactamente la medicación que te daré”.

“Lo haré, lo juro”.

Ivette ya tenía su plan trazado, quería que aquel sádico violador sufriera su justo castigo sin que a ella misma le repercutiera problema alguno.

Comenzó aplicándole anestesia local en el brazo y la pierna, luego fue a buscar muestras de heces de las que tenían guardadas para análisis, las batió y mezcló con un poco de tinte para que pudiera parecer un medicamento y con un analgésico que neutralizaría cualquier dolor, con el resultado llenó una enorme jeringuilla con aguja de gran longitud y le fue inyectando aquella mezcla en el brazo y la pierna profundamente, a pequeñas dosis, junto al hueso, mientras pensaba: “No pude evitar que violaras aquellas pobres niñas, pero si evitaré que lo hagas con otras, porque esto que te inyecto representa gangrena segura, en lugar del rompecoños serás el cojomanco”, mientras lo hacía se sentía como un ángel vengador.

Al acabar le dio unas cápsulas de las que proporcionaban a los enfermos terminales para aliviarles el dolor y le dijo: “Has de tomar una cada seis horas exactamente, con este tratamiento espero arreglar lo que tú has hecho mal, tómate toda la medicación y vuelve dentro de una semana”.

En realidad, ella le estaba diciendo la verdad al hablarle de: “Arreglar lo que él había hecho mal”, pero el chico evidentemente dio otro sentido a sus palabras.

La suerte estaba echada, en una semana la gangrena no podría atajarse ni con un milagro.

Aquella misma tarde telefoneó a su padre, simplemente le dijo que quería salir de allí, no dio más explicaciones ni él se las pidió.

Al día siguiente una avioneta privada la llevaba a la vecina República Dominicana y en otro día más se encontraba en París.

A la gente de la ONG les dijo que se encontraba mal y tenía depresión, que cuando se repusiera regresaría, aunque para sus adentros pensó que eso sería nunca. Lo comprendieron perfectamente, una parisina de clase alta metida en aquel infierno, hasta se extrañaban de que hubiera resistido tanto.

Al despedirse de Damién, le dijo simplemente: “¿Quieres venir a trabajar a Francia?”.

Él se quedó asombrado, luego sonrió y dijo: “Claro que me gustaría, pero es imposible, a un negro haitiano como yo nunca le darían visado, ni mi carrera de médico serviría allí, tendría que descargar sacos y ni de eso me darían trabajo”.

“Si tú quieres no te preocupes, el dinero y las influencias de mi padre pueden mover montañas, el trabajo ya lo tienes en nuestra clínica, aunque tengas que entrar como simple auxiliar, y como formamos parte de una universidad de élite, lo del título lo arreglaremos, sino en días en meses”.

“Pero allí no conozco a nadie”.

“Yo te presentaré gente”.

“Pero....”.

“Me marchó, ¿Quieres venir?, ¿Sí o no?”.

“¡SÍ!”.

“Pues hasta la vista”.

Damién se quedó pensando que era como uno de esos cuentos que nunca se realizan, al volver la doctora a su país no se acordaría de él, pero se equivocó, Ivette era una mujer de palabra.

A su regreso, su padre le dijo: “Hoy te dejo descansar, pero mañana tienes un compromiso conmigo, cenaremos en el mismo restaurante de tu despedida, tienes muchas cosas que contarme”.

En la velada su padre le preguntó qué proyectos tenía.

Ivette miró alegremente su copa de champagne y le dijo: “En principio irme de vacaciones un mes, o dos tal vez, pero a un sitio civilizado, y bonito como Suiza o Escandinavia, y nada de mochila, hoteles de lujo, y a mi regreso

podemos volver a cenar aquí y hablamos de esa clínica nueva que habías preparado para mí”.

Sin disimular la sonrisa su padre le contestó: “Es curioso, yo esperaba un cambio así en diez o doce años, pero en Haití ha sucedido en días”.

“Es la ventaja de ir a sitios donde la realidad campa sin tapujos se aprende más rápido y, por cierto, ahora recuerdo que he de pedirte un favor”.

“Si está en mi mano”.

“Espero que sí, es para un médico de allí, quiero que le consigas un visado de residencia, le des un trabajo en la clínica y le ayudes a convalidar su título”.

“Eso está hecho, lo primero lo hará nuestro abogado con el dedo meñique, y de lo otro me encargo yo”.

“Vale, pero es negro”.

“Perfecto, toda la gente que trabaja actualmente en nuestra clínica es blanca como la leche, ese chico le dará un toque de color. Es más, para redondear buscaremos una enfermera oriental, china o japonesa, y con eso cerraremos el cupo, un toque está bien pero no hay que exagerar”. Hace unos meses, el doctor Gerard jamás se hubiera atrevido a exponer un tema así a su hija, con aquel cinismo, pero estaba claro que no era la misma chica que se marchó.

“Y hablando del negrito, me extraña que le saques de allí con lo necesitados que están de médicos”.

“Mira papá, es un buen hombre, me ha ayudado, me ha protegido y le quiero sacar de ese infierno, además con la gente que se pueda merecer su ayuda no podrías llenar ni un autobús, al que hoy cure, mañana le puede dar una puñalada para robarle la cartera”.

“Comprendido, pero... ¿He de pensar en tener nietos mulatos?”.

Ivette río de buena gana: “Como no los pintes con betún lo veo difícil, mi agradecimiento no llega a tanto, lo enrollaremos con la enfermera china que vas a contratar, así que procura que sea soltera y sin compromiso”.

Rieron los dos la ocurrencia, pero lo cierto es que el doctor dio instrucciones a la jefa de personal para que la enfermera oriental no tuviera lazos afectivos.

Cuando Ivette regresó de las vacaciones, una voz alegre y conocida la saludó, en un pasillo de la clínica: “Buenos días doctora, ¿Qué manda usted para hoy?”.

Se volvió como el rayo y allí estaba Damién con su imponente sonrisa, que se quedó congelada cuando “su doctora” le dio un abrazo y un par de besos, no estaba acostumbrado a esas familiaridades por su parte.

“Pues verás lo primero que mando es que este mediodía vengas a comer conmigo a un sitio lejos de aquí y me pongas al corriente de cómo han quedado las cosas en tu país”.

“Como usted mande doctora”.

En la sobremesa le habló de la gente que conocían, en un momento dado se detuvo y le dijo dudando: “Hay una persona de la que no se si hablarle”.

“¿Quién?”.

“No sé si llamarle rompecorazones”.

“No, mejor rompecoños, es más realista y es su verdadero nombre, y claro que quiero que me expliques hasta la menor chafardería que sepas sobre ese desgraciado”.

“No son pequeñeces sino cosas importantes. Unos días después de que usted se fuera, volvió en un estado que me hizo pensar en un castigo de Dios”.

“O igual de la Virgen Santa”, añadió Ivette con un tono de cinismo que su interlocutor no captó.

“El caso es que entró preguntando a gritos por usted, tenía la pierna y el brazo completamente gangrenados, lo que no entiendo es como no había notado dolores antes de llegar a ese estado”.

“Estaría drogado”.

“Puede ser, el caso es que chillaba como un poseso pidiendo que usted viniera a curarle, porque había prometido que lo haría”.

“¿Y que le dijisteis?”.

“Fue el enfermero de la entrada, ya sabe lo bruto que es, le dijo: “La doctora se ha ido a su país, enferma por curar a cabrones como tú, ven aquí que nosotros te curaremos”.

“¿Y le curasteis?”.

“No fue fácil, porque chillaba y pataleaba como un cerdo en el matadero, hasta que le dije, tranquilo este inyectable aliviará la infección, y le puse anestesia suficiente para un caballo”.

“¿Y luego?”.

“No tuvimos más remedio que amputar, tenía los miembros destrozados, yo por mí hubiera dejado que se muriera, pero pensé que peor castigo era dejarle cojo y manco, así que amputé de raíz”.

Hicieron una pausa, Ivette pensaba que a Dios le cuesta castigar a quien lo merece y a veces hay que echarle una mano.

Luego añadió en voz alta: “Me lo imagino cuando despertó”.

“Horrible aulló como un mono loco, pero de suicidarse nada de nada”.

“Ya me lo imagino, eso fue un farol para tocar mi sensibilidad”.

“Pues en esta ocasión hubiera tenido motivos, al faltarle completamente brazo y pierna del mismo lado no podía aguantar una muleta, tenía que llevarla en el lado sano e ir inclinado formando un triángulo”.

“Que penita me da, ¿Y has sabido algo más de él?”.

“Lo que me han contado, y nada bueno: Al quedar tullido de esa forma tan ridícula, su propia banda lo repudió y si se acercaba lo recibían a pedradas, luego cuentan que un día vagando sólo, una niña le convenció para irse con ella a un descampado con la excusa de sentir curiosidad por el tamaño de su pene, del que había oído hablar. Sería por vanidad o lascivia, el caso es que la acompañó, grave error, allí le esperaban otras, en su estado no les fue difícil tirarle al suelo e inmovilizar su único brazo, al cabo de un rato salieron a la calle enarbolando unos despojos sanguinolentos como trofeo, eran los testículos y el pene de aquel desgraciado, que arrojaron riendo a unos perros vagabundos para que se alimentaran. Al día siguiente encontraron al rompecoños desangrado”.

“Tuvo lo que se merecía, brindemos por la justicia de Dios y de la Virgen Santa”.

“Como usted diga doctora”.

“Bien Damién, cambiemos de tema y hablemos de cosas más alegres: ¿Te gustan las chinas?”.

“Huy si, me encantan, tan dulces y delicadas como son”.

“Que interesante”.

“¿Pero por qué me lo pregunta?”.

“No seas curioso, más adelante te lo contaré, por cierto, este vino está delicioso. Maître, otra botella por favor”.

FIN...